

La casa de la cultura a punta de bailes y reinados

En esta charla, Aguirre explica qué fue la Casa de la Cultura de Medellín y cómo nació ese proyecto en manos de unos escritores que comenzaron a reunirse para hablar de lo que nadie hablaba.

El siguiente es un aparte de la entrevista que le realizó Augusto Escobar Mesa a Alberto Aguirre. La entrevista completa se publicó en el 2003 en la revista Con-textos, bajo el título de “Espíritu crítico de una sociedad excluida y excluyente. Diálogo con Alberto Aguirre”¹.

Augusto Escobar: ¿Y cómo comenzó lo de La Casa de la Cultura?

Alberto Aguirre: Eso fue una idea que brotó en una de las charlas que tuvimos en el grupo del Café Madrid. En esa época, 1947, Luis Martel era director de la Biblioteca Santander que fue un centro cultural de alguna alcurnia en la ciudad. La Biblioteca era la biblioteca municipal del municipio de Medellín que funcionaba en los altos del teatro Bolívar. El teatro Bolívar tenía su entrada por un lado y había otra puerta que llevaba al segundo piso que estaba incorporado dentro del edificio del teatro.

Por cierto era una biblioteca bastante buena para su momento, pequeña pero muy bien seleccionada, biblioteca que hizo el municipio y la dirigía Martel; después la dirigió Jaime Velásquez Toro. El primer puesto que yo tuve en mi vida fue de ayudante en la biblioteca Santander donde me pagaban 105 pesos mensuales; no era mucho pero fue el primer sueldo que yo tuve en mi vida.

Allí asistía mucha gente y es un hecho cultural de esa época: se cerraba a las 6 de la tarde y se volvía abrir a las 8 hasta las 10 y media de la noche; entonces la gente iba a leer libros y no a hacer tareas, porque vos vas a las bibliotecas de Medellín y el 80 o 90 por ciento de las consultas son de tareas y lo mismo ocurre en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá.

En esa época la gente iba a leer; recuerdo que teníamos, por ejemplo, obras de Herman Hesse, todos los libros recién salidos de él; había libros de Sartre, novelas modernas. Como inicialmente la clasificación era a dedo, yo consulté un sistema para ello y lo implantamos en la biblioteca, y así, la gente podía saber dónde estaba lo que buscaba.

Lo de la biblioteca fue obra de Luis Martel y ahí en su oficina, que era a la entrada, nos juntábamos a charlar Balmora [Álvarez], Óscar Hernández, Carlos Castro y Manuel [Mejía] que era como el centro, el pivote porque era el más brillante y ya era escritor del alguna connotación [había publicado con éxito a los veintidós años *La tierra éramos nosotros* en 1945 y varios cuentos]. En la Biblioteca nos juntábamos por la tarde a conversar, tal vez eso sí era más tertulia por el ambiente, porque nos poníamos a hablar de literatura.

En esa época yo ya leía mucho, quizá yo era el que más leía. Eso fue a finales del 47 y principios del 48; entonces alguien dijo, creo que fue Martel, que por qué no hacíamos un reinado del libro, algo insólito, para formar bibliotecas populares y hacer casas de la cultura

¹ Augusto Escobar Mesa, *Espíritu crítico de una sociedad excluida y excluyente*. Con-textos: revista de semiótica literaria. No 30. Medellín, enero – junio de 2003. Pp 87 – 105.

en los barrios. Esa idea fue cuajando entre todos, entonces cada uno decidió aportar lo poco que tenía para hacer bibliotecas en los barrios con la idea de que fueran satélites de la biblioteca Santander, cada una con su personalidad o su personería.

El efecto para levantar dineros y libros era hacer un reinado del libro en los barrios populares; o sea, fue un propósito eludir la burguesía, los estratos altos y hacerlo con los estratos bajos y en los barrios populares. Promovimos así la idea y creamos la entidad sin personería jurídica; nos juntamos, conseguimos auxilios, hicimos aportes y conseguimos una oficina que nos valía 60 pesos mensuales; también conseguimos un teléfono que figuraba como Casa de la Cultura.

Era una oficina independiente donde atendíamos y empezamos a promover reinados y a hacer fiestas en los barrios con candidatas cuya labor era de agitación directa y el reto de quién conseguía más libros para la biblioteca del respectivo barrio.

Manuel, Carlos, Martel y Angulo [Guillermo] dábamos conferencias en los sindicatos y hacíamos bailes para conseguir plata y cada barrio fue eligiendo su candidata y comité. La manera de votar era con libros. Conseguir plata era difícil porque los barrios eran muy pobres, pero había libros en las casas; entonces pedíamos esos libros usados y las reinas y los comités se encargaban de recoger esos libros.

Nombramos después una comisión evaluadora conformada por Manuel y yo y eso duró semanas enteras. Revisábamos libros por libro con las Palacios –una de ellas era novia de Manuel- y con ellas hacíamos esa dispendiosa labor. Ninguno ganaba un centavo con eso, y aunque yo ejercía la profesión de abogado pasaba casi todo el tiempo en esa actividad. Manuel y yo cogíamos los libros y le asignábamos un valor a cada uno para efectos de saber qué candidata o barrio había recogido más en dinero y libros.

Fue increíble, hubo 17 candidatas de los barrios de Medellín y se formaron bibliotecas de 200, 300, 400 volúmenes que es un buen número para un barrio y para ese tiempo; entonces ganó la candidata de Robledo, que era una muchacha muy linda, Consuelo Valencia, con la que después me hice novio; estuve con Consuelo como un año, era un muchacha muy bonita y su papá era maestro, Don Carlos Valencia.

Una vez concluido el concurso hubo en el teatro Bolívar la celebración de coronación de la reina con la actuación de un grupo folclórico y de un conjunto musical. Uno de los intelectuales connotados de ese momento era José Mejía y Mejía y lo conseguimos para que hiciera el discurso de coronación por el que nos cobró 60 pesos porque teníamos chequera y todo. Yo era el que manejaba la chequera. Mejía y Mejía se echó un discurso hasta bonito y se llenó ese teatro pero con gente de los barrios, porque en ese momento los periódicos tradicionales no nos daban audiencia.

Fue así como nosotros movimos esos barrios con bailes los sábados por la noche a favor de la cultura de barrio. Siempre que había baile en algún barrio, íbamos todos y bebíamos también; es que eso fue una fiesta para nosotros, una actividad cultural y seguro algo quedaría.

De las bibliotecas que se crearon, no en todos los barrios porque no lo lograron, pero sí en seis o siete, se formaron luego las bibliotecas en las escuelas y les dimos un principio de organización y un principio de orientación a los maestros para que organizaran la biblioteca, pero ocurrió lo de siempre, que no hubo continuidad, en parte porque nosotros mismos nos cansamos trabajando a contravía de las instituciones y los periódicos oficialistas, en parte porque se nos acabaron los fondos.

Me acuerdo que hubo que entregar la oficina, debíamos dos meses de teléfono y dos meses de oficina, se agotaron las fuentes, entonces se cerró la Casa de la Cultura. Es bueno aclarar que en las bibliotecas que creamos no había obras agresivas ni que fueran contra la moral, no la religión, ni nada; sin embargo, la prensa conservadora y la Iglesia estaban en contra de esa inciatavia cultural e hicieron todo por acabarla.

Te cuento, además, que yo era el secretario tesorero de La Casa de la Cultura y dentro de la organización marxista jerárquica el secretario es el que manda, el director y presidente era Manuel, pero yo me cogí el cargo de secretario tesorero y yo era el que manejaba eso. En todo caso pretendimos hacer una buena labor mientras se pudo, pero las circunstancias fueron siempre adversas con todo lo que sonara cultura no oficial. Me acuerdo que por esa época hubo la persecución contra los murales de Pedro Nel y contra algunas pinturas de Carlos Correa, de Débora Arango, y lo que escribía Fernando González.

Con respecto a la intervención de Fernando González y Pedro Nel Gómez en lo de las Casa de la Cultura fue más bien algo honorario y no tuvo ninguna incidencia. Ellos nunca estuvieron en el asunto y nosotros nunca fuimos a hablar con ellos; los pusimos ahí, creo, sin autorización de ellos y para motivación de la gente.

Para mí esa actividad cultural fue una cosa importante porque yo era abogado muy encerrado en la profesión, yo tenía una inquietud muy oscura, muy desorientada, entonces con lo de La Casa de la Cultura tuve mucho acceso a la gente y de impulso a las nuevas generaciones, también de lectura permanente. Esa experiencia fue como una apertura y un salir un poco al mundo y remover el espacio cultural cerrado de Medellín, a la vez que uno se ilustraba, se inquietaba, pero eso murió, no quedó nada.